

TOMAS NAVARRO TOMAS, FONETISTA, DIALECTOLOGO

Alonso Zamora Vicente

A requerimientos del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, intento pergeñar, a renglón seguido, unas palabras sobre lo que la tarea de Tomás Navarro supone para los filólogos de habla hispana. Mucho me temo que, como todo trabajo en el que se amalgaman —pésima mezcla— la rapidez perentoria y la inexcusable emoción del trato directo con el maestro, no salga muy lucido. Lo intentaré, sin embargo.

Hace ya muchos años que conocí a Tomás Navarro. En aquella inolvidable Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, 1933, 1934, 1935... Y en el Centro de Estudios Históricos, que dirigía Don Ramón Menéndez Pidal. Una palabra, el nombre de una disciplina, se asociaba inmediatamente con Navarro Tomás: Fonética. Tomás Navarro había sido en España el hacedor de la ciencia fonética, antes de él absolutamente desconocida. Siguiendo las iniciativas del maestro común, Menéndez Pidal, Navarro Tomás había dedicado largas horas de estudio y meditación a la Fonética experimental entonces imperante en Europa, como dilecta auxiliar de la ciencia lingüística. Pasó temporadas en Montpellier con Maurice Grammont, el patriarca de la fonética experimental francesa, y en el Laboratorio de Hamburgo con el equivalente alemán G. Panconcelli-Calzia. También alcanzó aún el Laboratorio Roussetot, de París, y trabajó con fonetistas tan notables como W. Wietor, en Marburg, y E. Sievers, en Leipzig. Toda una actitud ante la descripción científica del idioma que era, por esos años iniciales del siglo, rigurosamente inédita entre nosotros.¹ Fruto de todo eso fue su todavía tan vigente *Manual de pronunciación española*, reiteradamente reeditado, ampliado, etc., etc., vivísimo, que, aparecido en 1918 por vez primera, aún acompaña la cartera de cualquier estudiante de nuestro idioma en toda el área geográfica donde se habla español. Antes de él, no había fonética en España. Después de él, ya tenemos la obligación de no detenernos en ese camino.

Pero no le atrajo solamente la pura descripción, apoyada en los modestos medios científicos y prácticos con que se pudo desenvolver Navarro. Se dedicó con igual intensidad, y con idéntica eficacia, a la geografía fonética. Persiguió la delimitación

¹ Tan sólo existían (aparte de algunos artículos que tocaban ocasionalmente la materia) los estudios desbrozadores de F. de Araujo, *Estudios de fonética castellana*, Toledo, 1894, y los extranjeros, desiguales en información y alcance, de F. M. Josselyn (*Etudes de phonétique espagnole*, Paris, 1907) y de M. A. Colton (*La phonétique castillane*, Paris, 1909).

sobre el terreno de los hechos fonéticos diferenciadores, estableciendo así fronteras, isoglosas, áreas de influencia cultural, histórica, social, etc., que eran las auténticas causantes de la división dialectal de la Península. Sus numerosos trabajos (aparecidos sobre todo a lo largo de la *Revista de Filología Española*, iniciada en 1914) fueron creando una visión del habla peninsular, no tan compacta ni tan homogénea como a primera vista podía parecer, ni tan impresionistamente delimitada como se creía. Navarro, que comenzó estudiando documentos del Alto Aragón, y recorriendo aquellas tierras pirenaicas, terminó por ser el autor del *Atlas lingüístico de la Península Ibérica*, obra magna, aún detenida casi en ademán, por conocidas razones de muy diverso origen. Con esta obra, utilísima a pesar de que el tiempo, inexorable desfile, la ha dejado bastante atrás, España se incorporaba rotundamente al panorama más brillante de la filología románica europea. Ese *Atlas* pretendía, entonces, aprovecharse de las grandes experiencias habidas en el campo de la geografía lingüística y lo hizo concienzuda y gozosamente. Si los avatares de toda índole que han impedido al *Atlas* peninsular salir a su debido tiempo a ganarse la vida en el paisaje lingüístico no son tenidos en cuenta al enjuiciar esta obra colosal, seremos siempre injustos. Por debajo del enorme hiato que existe entre la recolección de los materiales y su publicación, corre un inmenso río de sangre y desencanto, mucho más presente y digno de ser tenido en cuenta que las mudanzas de la teoría científica o de las personales actitudes. El *Atlas* ahí está, instantánea del hablar español por los años treinta (con leves escapadas a otros posteriores.) Y nuestro agradecimiento a Navarro por su dedicación y su empuje no debe ser puesto en tela de juicio.

No quisiera dar aquí un frío catálogo de la producción de Tomás Navarro, páginas en las que tanto aprendimos y que tanto manejamos en esos años deslumbrados del estreno vocacional: *Siete vocales españolas* (1916), *Cantidad de las vocales acentuadas e inacentuadas* (1917), *Diferencias de duración entre las consonantes españolas* (1918), *La metafonía vocálica* (1923), *Palabras sin acento* (1925), *La articulación de la l castellana* (1917), *Pronunciación guipuzcoana* (1925), *Datos de pronunciación alcarreña* (1930), *Rebilamiento* (1934), *El idioma español en el cine parlante* (1932). ¡Qué decidido caminar, qué tensa maestría adquirida paso a paso desde *El perfecto de los verbos en =ar en aragonés antiguo hasta La frontera del andaluz* (1933) o el *Análisis fonético del valenciano literario* (1934), *Manuel Ramírez de Carrión y el arte de enseñar a hablar a los mudos* o tantos otros. Una larga teoría de trabajos que le dieron su muy ganado renombre de hombre de ciencia, de investigador consciente y eficaz, oficialmente reconocido y acatado con su entrada en la Real Academia Española, en 1935. En su recepción, mayo adentro, Navarro leyó su ACENTO CASTELLANO excelente interpretación de numerosos datos literarios sobre la entonación española. Ya se preludiaba en algunas de esas observaciones otra faceta de su quehacer, que, apoyada en la anterior tarea positivista, iba a encarrilarse sobre un andamiaje de validez espiritual y artística, de la que son buen ejemplo su *Manual de entonación* (1944), su *Fonología española* (1945), su *Sentimiento literario de la voz* (1965).

Cuando años después de la dispersión comenzaron a llegar los trabajos que iban brotando en el destierro, es decir, cuando Navarro operaba ya sobre una patria casi fantasmal, la visión de la problemática se iba redondeando, adquiriendo esos matices

que la lejanía y la separación le dan, orillando de pureza y de ensueño la tarea cotidiana. Ahí está la aparición de su *Desdoblamiento fonético* (1939), su revisión del criollo de Curaçao (1953), su mirada al habla dominicana (1956). Lugar aparte merece siempre su utilísimo *Cuestionario lingüístico hispanoamericano* (1945). En fin, Navarro Tomás no ha dejado un solo día de dar testimonio de actividad, de ejemplaridad, de certera guía. En mi quehacer de dialectólogo, ¡cuántas veces hay que arrancar de la mano de Navarro! Cuando al comenzar mis primeros pinitos en el oficio, estudié el habla de Mérida y su comarca, en el corazón de Extremadura, y surgió la aspiración, y surgió el yeísmo rehilado, ¿es que no tenía que acudir a Navarro una vez y otra? Cuando, años después, en colaboración con otro admirable maestro, Dámaso Alonso, estudiamos el desdoblamiento de las vocales en la Andalucía occidental, ¿no tuvimos que aprendernos cuidadosamente las observaciones de Navarro publicadas en Praga, 1939, Homenaje a Trubetzkoy?

No insistiré sobre lo que ha supuesto para los estudios de dialectología hispanoamericana la aparición de *El español en Puerto Rico*. La base de este libro estaba en muchos años atrás, cuando, con motivo de uno de esos cursos que aún nos vemos, entre obligados y gozosos, empujados a dar lejos de nuestros afanes habituales, recalco en la isla antillana y recogió el material ahí elaborado. Diré solamente que no existe una parcela del hablar hispanoamericano tan cariñosa y menudamente estudiado. A veces pienso que el impulso que empujó a Navarro a publicar ese libro denso y encariñado no era otra cosa que la nostalgia de la tierra peninsular, perdida, que él veía renacer en cada variante fonética, en los ángulos del paisaje, en los arcaísmos, en los dialectalismos, en las horas de silencio sobre los mapas. Era algo así como una posibilidad de confianza consigo mismo: no todo se había quedado hundido en la monumental refriega. Este aliento es el que ha hecho a todos los miembros del desperdigado Centro de Estudios Históricos, cada cual según su manera personal y su inalienable circunstancia momentánea, elaborar de lejos nuevas visiones de la realidad española, o nuevas aportaciones al común tesoro. De todo eso, claro es, nos beneficiamos todos, y no somos los últimos, ni mucho menos, los que no perdimos de todo el contacto con el terruño original. Así ha ocurrido, repito, con investigadores, historiadores, hombres de ciencia, creadores puros... La estancia y la producción de Salinas y de Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico pueden demostrar muy bien lo que pretendo decir apresuradamente.

De análogos rasgos participa también la *Métrica española* (1956), magnífica visión de conjunto de los procedimientos expresivos del verso, a través de nuestra ya muy larga memoria. Se convirtió en el libro clásico de la materia al poco de nacer.

Mi recuerdo personal de Tomás Navarro no debe ser resucitado aquí. Por añadidura, estaría al borde de lo inservible por aquello de que hay que tomar partido, y ser juez y parte no es nunca método recomendable. He contado ya algo de aquella experiencia en mi *Ciudad Universitaria 1935*, que publiqué en Buenos Aires (1949) por vez primera y que anda ahora recogido en un tomito de la Colección Austral (*Voz de la letra*, Madrid, 1958). Podría matizarse ese recuerdo con el de las horas pasadas en el Archivo de la palabra, ordenando discos, oyendo las voces —las pocas voces, para tantas como deberían haberse recogido— que allí se guardaban: Unamuno, Menéndez Pidal, Azorín, Valle Inclán, Baroja, Ortega, Cajal, Juan Ramón...

Un azar ha hecho que yo, ahora, en estos momentos en que escribo estas líneas de mi clase de Dialectología en el mismo local en que eran las lecciones de Fonética de Tomás Navarro en la Ciudad Universitaria madrileña. He dado muchas vueltas al mundo desde entonces y el camino hacia la radical soledad (¿qué otra cosa, el vivir?) se va aguzando en su ruta sin freno. Y todavía, después de tantos azares, la voz de Tomás Navarro hace compañía, nexo entre mi tarea y la que pretendo comunicar o despertar a esas cabezas jóvenes de españoles que nunca le vieron de cerca. Pero, entendámonos, ¿no se llama esto *magisterio*?

¿Unas palabras cortas que ciñan y resuman qué es Navarro para nuestro oficio? Unas, sí, y muy cortas: maestro, patriarca de nuestra dialectología y nuestra fonética. No era muy afortunada la dialectología en España. Muchos trabajos de extranjeros, sí, pero... Don Ramón, que, como en todo, de vez en cuando se acercaba a ella (De 1906 es su *Dialecto leonés*; hasta 1928 no salió *El habla de Cespadosa de Tormes*, de Pedro Sánchez Sevilla, muerto prematuramente). Navarro fue llenando ese hueco, eso sí, acosado por la tarea de tener que enseñar, tener que imponer una doctrina fonética que, en muchos casos, no casaba con los apegos rituales o con la holganza colectiva. En una y otra esfera, Navarro es maestro tenaz, paciente. Estoy seguro de que aún se siente lleno de un gozo profundo cada vez que vea a un antiguo discípulo citarle, seguirle, y mejor aún, rectificarle, aquí y allá, que él también enseñaba la humilde lección de que todo lo hacemos entre todos.